

PROGRESO, DEMOCRACIA Y SOCIEDAD POLITIZADA

Ezequiel Gallo

No resulta novedoso señalar que nos acercamos al final de la presente centuria en circunstancias muy distintas de las que prevalecían al iniciarse el siglo. En esos tiempos la humanidad asistía esperanzada al avance gradual, pero sostenido, de la democracia política. Lo que un crítico posterior (Keynes) de aquel sistema denominó "el magnífico milagro del siglo XIX" se coronaba así con un sistema político compartido por todos que dejaba intacto, a la vez, el arreglo constitucional que había posibilitado una fructífera convivencia entre la libertad civil, el progreso material y la paz internacional.¹

Estas esperanzas duraron poco. Desde 1914 hasta 1945 el optimismo inicial chocó frontalmente con una realidad tan brutal como inesperada.. Los dos conflictos bélicos mundiales, la revolución bolchevique, la emergencia del fascismo y del nazismo, amenazaron gravemente a un sistema que recién comenzaba a afirmarse. Al culminar el ciclo una buena parte de la humanidad se despidió definitivamente de la posibilidad de acceder en forma pacífica a un régimen de libertad y democracia. En la otra parte, sin embargo, el final de la guerra produjo un marcado renacimiento de las viejas esperanzas, y la posibilidad de retomar el camino abandonado fue saludada calurosamente en los países que quedaron fuera de la órbita comunista.

Los argumentos que se esgrimieron para explicar el derrumbe precedente fueron, curiosamente, los opuestos a los que habían adelantado los pocos autores que anticiparon el desastre. Se afirmaba que lo acaecido en 1945 había sido consecuencia del bajo nivel de politización alcanzado antes de 1914. El corolario inevitable de esta conclusión fue la extensión del área pública a vastos sectores de la actividad cotidiana. Por el contrario, se había señalado anteriormente que la emergencia de las tendencias totalitarias y belicistas sería inevitable en un contexto social donde la pasión política era predominante. Así se expresaba Julien Benda, en 1928:

"Las pasiones políticas muestran hoy en relación a otras pasiones, un grado de universalidad, de coherencia, de homogeneidad, de precisión, de continuidad y de preponderancia desconocido en épocas pasadas. Se han vuelto conscientes de ellas mismas en un grado jamás observado anteriormente. Algunas de ellas, poco reconocidas hasta ahora, han penetrado en la conciencia y se han unido a las viejas pasiones. Otras se han vuelto más puramente pasionales, se han apoderado del corazón del hombre en regiones morales que antes no habían alcanzado y han adquirido un carácter místico que había desaparecido en los años anteriores. Todas ellas poseen un aparato ideológico mediante el cual se proclama, en nombre de la ciencia, el valor supremo de su acción y su inevitabilidad histórica. En lo superficial y en lo profundo, en valores espaciales y en fuerza interior, las pasiones políticas

¹ J. M. Keynes, "Introduction". En : H. Wright, *Population*, Londres, 1923, p. viii.

han alcanzado un grado de perfección jamás conocido en la historia. La época presente es esencialmente la época de la política"²

A cuatro décadas de la finalización de la Segunda Guerra Mundial el panorama no se ha modificado de manera significativa. El mundo regido por la democracia pluralista se ha achicado visiblemente, y el pesimismo ha vuelto a ganar adeptos. Algunos autores, cada vez menos, siguen insistiendo en la necesidad de continuar ampliando el área de control estatal curiosamente denominada por algunos de "control democrático". Otros, en el extremo opuesto, proponen abiertamente o el cambio del sistema o la imposición de restricciones a la participación dentro de éste de diversas categorías de grupos o individuos. Pocos han sido, sin embargo, los que han apuntado al núcleo central del problema. Éste sigue siendo, lamentablemente, el mismo que subrayara Benda hace ya sesenta años. Hace poco R. M. Hartwell ha reiterado el tema en forma más que elocuente:

"La politización puede hoy observarse en las relaciones entre todos los componentes de la sociedad entre padres e hijos, entre profesores y alumnos, entre empleados y empleadores, entre productores y consumidores, entre las razas, entre los deportistas, y, ciertamente, entre hombres y mujeres. Donde antes los individuos veían sus problemas como privados y buscaban para ellos soluciones privadas, ahora intentan soluciones políticas. Donde antes prevalecía la iniciativa privada, en áreas como el entretenimiento cultural, ahora dominan iniciativas políticas. Antes era importante la investigación privada de problemas sociales, ahora predominan las investigaciones públicas, y éstas llevan necesariamente a soluciones públicas [...]. La politización se expresa de modo manifiesto en el incremento del poder del estado sobre toda otra forma de poder en la sociedad, del poder de administradores y burócratas sobre el poder de individuos, instituciones privadas y asociaciones voluntarias"³

El proceso de politización descrito ha consistido, fundamentalmente, en el traspaso al área política de actividades que se decidían y desarrollaban antes en el ámbito privado. La magnitud de esta transferencia puede medirse por el aumento espectacular de la participación del estado en la vida económica- En Gran Bretaña, por ejemplo, se ha estimado que en 1913 el gasto del gobierno representaba un 12% del producto bruto nacional; hacia 1975, la proporción había superado cómodamente el 50 %.⁴ La diferencia entre ambos guarismos apunta a la cantidad de poder decisorio que pasó de estar en manos de los individuos a estar centrado en unos pocos funcionarios estatales.

Es interesante señalar aquí que la tendencia apuntada es exactamente la inversa de la

² Julien Benda, *The Treason of the Intellectuals*, Nueva York, 1969 (1° edición, 1928), pp. 28-29.

³ R. M. Hartwell, "Introduction". En: Kenneth S. Templeton, Jr., *The politicization of Society*, Indianápolis, 1979, pp. 15-16.

⁴ Cf. John Burton, "Keynes's Legacy to Great Britain: Folly in a Great Kingdom". En: J. M. Buchanan et al., *The Consequence of Mr. Keynes*, Londres, 1979, u. 31. Para el caso de los Estados Unidos véase Jonathan R.T. Hughes, "The Guaranteed Economy and its Future". En: Templeton, op. cit., pp. 409-447.

que se registró en el periodo durante el cual la democracia emergió y se expandió. Ambos procesos tuvieron lugar después de un largo período en el cual se restituyó poder decisorio (es decir, soberanía) a los integrantes de la sociedad en franjas cada vez más amplias de la vida comunitaria. Por un lado, entonces, el área de decisión pública se redujo de manera significativa; por el otro, dentro de esa área reducida fue en aumento el número de personas que participaban en la dilucidación de los problemas públicos. El resultado final de ambos procesos fue un incremento considerable del poder de decisión de un número cada vez mayor de ciudadanos.

Como se señaló anteriormente, este proceso se ha revertido en la época contemporánea. La característica central de esta reversión no es, como suponen muchos, el aumento en el número de los que participan en el área política sino la expansión de esta área a campos que antes estaban en manos de cada uno de los integrantes de la comunidad. En las páginas que siguen se analizarán algunas de las consecuencias de esta reversión en la vida social y en la política. Antes de ese análisis se hace necesario considerar algunas de las causas que hicieron posible un cambio que ha tenido tantas repercusiones en la vida contemporánea.

Complejidad social y conocimiento humano

El proceso de reversión fue posible, en gran medida, por la aceptación creciente de una versión errónea del acontecer social. Esta versión se originó, durante el siglo pasado, en círculos académicos e intelectuales para extenderse en forma gradual a capas cada vez más amplias de la población.⁵ El núcleo central de esta concepción descansa en la creencia de que a medida que las sociedades se hacen más complejas aumenta la necesidad de ordenarlas ("planificarlas") centralmente.

No hay duda de que los impresionantes cambios acaecidos a partir de la Revolución Industrial llevaron los asuntos humanos a un grado de complejidad que hubiera resultado insólito doscientos años atrás. Este enriquecimiento manifiesto en la extensión, cantidad y calidad de los intercambios humanos fue posible luego de una serie gradual de cambios institucionales que descentralizaron el poder de decisión y lo ubicaron en la esfera individual. El desmantelamiento paulatino del viejo régimen posibilitó una ampliación insospechada en los márgenes de responsabilidad y de creatividad personal, al mismo tiempo que fue arrinconando al poder central dentro de un ámbito limitado al ejercicio de funciones de justicia y seguridad. Esta fue la meta perseguida por el constitucionalismo liberal de los siglos XVIII y XIX, y su concreción, aunque parcial, fue responsable de ese "milagro" de progreso, paz relativa, y aumento gradual de la participación pública que caracterizó al siglo pasado.⁶

Es curioso, por lo tanto, que desde hace ya varias décadas se procure encarrilar la

⁵ En rigor, algunos elementos de este proceso aparecen ya durante el siglo XVIII. Cf. F. A. Hayek, *The Counter-Revolution of Science, Studies on the Abuse of Reason*, Part two, Indianápolis, 1952.

⁶ Para una sugestiva descripción histórica de este proceso véase Douglas C. North y Robert Paul Thomas, *The Rise of the Western World. A New Economic History* Cambridge, 1973.

marcha de la humanidad por vías opuestas. Si los logros anteriores fueron el resultado de haber confiado en la espontaneidad de las acciones humanas, hoy se piensa que el futuro debe ser el resultado de un diseño omnicompreensivo, de un "plan central", elaborado e implementado, con distintos grados de compulsión, desde el poder central. Se procura así ordenar de manera racional aquella complejidad que hemos mencionado, y la manera de lograrlo es interfiriendo conscientemente- con las propensiones espontáneas de los individuos. Sí las primeras – y todavía tímidas - interferencias producen nuevas "complejidades" la tentación será introducir nuevas medidas para corregir las respuestas desprolijas de los seres humanos- Se va recorriendo así, con avances y retrocesos, un camino que de no ser corregido retrotraerá a la humanidad a épocas pretéritas que se consideraron definitivamente superadas. Una de las características centrales de este nuevo camino es la tensión creciente entre planificación central y democracia:

"Nuestro punto, sin embargo, no es que la dictadura inevitablemente extirpa la libertad, sino, más bien, que el planeamiento lleva a la dictadura porque ésta es el medio más efectivo de coerción y de refuerzo de los ideales y, como tal, es esencial si se quiere hacer posible el planeamiento central en gran escala. El conflicto entre el planeamiento y la democracia surge simplemente del hecho de que esta última es un obstáculo para la supresión de la libertad que requiere la dirección centralizada de la actividad económica".⁷

El entusiasmo planificador parte de una percepción extremadamente optimista de la capacidad de la mente humana. Paradójicamente, este nuevo optimismo se originó, en buena medida, a partir de los éxitos - del capitalismo liberal. La profunda transformación del mundo material que generó la Revolución Industrial fue, en parte, consecuencia de aplicar el conocimiento científico al campo de la producción. Este hecho hizo pensar a muchos que la aplicación de ese mismo conocimiento al mundo social produciría resultados similares. Se pensó que en posesión del "método científico" hombres "justos y sabios" estarían en condiciones de corregir y superar las imperfecciones todavía subsistentes en el sistema capitalista. Este punto de vista es, también, radicalmente opuesto al que prevaleció en la época en que se fueron conformando las instituciones que hicieron posible la Revolución Industrial. Esas instituciones - se elaboraron a partir de una aguda intuición acerca de las limitaciones comitivas de la mente humana. Adam Smith expresó sucintamente esta intuición hace ya más de doscientos años:

"La administración del gran sistema del universo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles es el negocio de Dios y no de los hombres. A éstos se les ha dado un departamento mucho más humilde aunque más adecuado a la debilidad de sus poderes y a la cortedad de su comprensión: el cuidado de su propia felicidad, de la de su familia, de sus amigos y de su

⁷ F. A. Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago, 1944, p. 70. Para una interesante discusión de las tesis de Hayek cuarenta años después véase Norman Barry et al., *Hayek's Serfdom Revisited*, Londres, 1984.-

localidad".⁸

Las instituciones que emergieron en aquella época no fueron, por lo tanto, la resultante de un plan general preconcebido por una agencia humana. Fueron, por el contrario, el producto de una larga evolución social durante la cual se fueron entremezclando normas diseñadas por el legislador con otras muchas que surgieron sin que se conocieran ni su autor ni su fecha inaugural. Estas últimas, de suma importancia, sobrevivieron porque impulsaron la cooperación y el progreso social en aquellos grupos o comunidades que las adoptaron. Adam Ferguson se refirió a este segundo tipo de normas hacia mediados del siglo XVIII:

"Aquel que por primera vez dijo 'Me apropiaré de este terreno, se lo dejaré a mis herederos' no percibió que estaba fijando las bases de las leyes civiles y de las instituciones políticas. Aquel que por primera vez se encolumnó detrás de un líder no percibió que estaba fijando el ejemplo de la subordinación permanente, bajo cuya pretensión el rapaz lo despojaría de sus posesiones y el arrogante exigiría sus servicios.

Los hombres, en general, están suficientemente dispuestos a ocuparse de la elaboración de proyectos y esquemas: pero aquel que proyecta para otros encontrará un oponente en toda persona que esté dispuesta a proyectar para sí misma. Como los vientos que vienen de donde no sabemos [...] las formas de la sociedad derivan de un distante y oscuro pasado; se originan mucho antes del comienzo de la filosofía en los instintos y no en las especulaciones de los hombres. La masa de la humanidad está dirigida en sus leyes e instituciones por las circunstancias que la rodean, y muy pocas veces es apartada de su camino para seguir el plan de un proyectista individual. .

Cada paso y cada movimiento de la multitud, aun en épocas supuestamente ilustradas, fueron dados con igual desconocimiento de los hechos futuros; y *las naciones se establecen sobre instituciones que son ciertamente el resultado de las acciones humanas, pero no de la ejecución de un designio humano*. Si Cromwell dijo que un hombre nunca escala tan alto como cuando ignora su destino, con más razón se puede afirmar lo mismo de comunidades que admiten grandes revoluciones sin tener vocación alguna para el cambio, y donde hasta los más refinados políticos no siempre saben si son sus propias ideas y proyectos las que están conduciendo el estado".⁹

A partir del descubrimiento de este hecho el objeto de la curiosidad intelectual estuvo constituido por la búsqueda de las razones que habían posibilitado la emergencia de un orden de cosas progresivo que no había sido "inventado" por nadie. La respuesta al interrogante fue intuitiva, pero no analizada sistemáticamente por los autores de aquella

⁸ Adam Smith, *The Theory of Moral Sentiments*, Indianápolis, 1976 (1ª edición, 1759), p. 386.

⁹ Adam Ferguson, *An Essay on the History of Civil Society*, Edimburgo, 1966 (1ª edición, 1767), pág. 122.

época. A esa intuición responde la tan criticada como poco comprendida referencia de Adam Smith a la "mano invisible.":

"Como cada individuo [...] se empeña tanto como puede en emplear su capital para respaldar la industria doméstica, y así dirigir esta industria de modo que sus productos sean del más alto valor, cada individuo trabaja necesariamente para que el rendimiento de la sociedad sea tan alto como pueda. Generalmente, por cierto, ni intentan promover el interés público, ni saben cuánto lo están promoviendo. Cuando prefieren respaldar la industria doméstica en lugar de la extranjera, sólo están interesados en su propia seguridad; y cuando dirigen esta industria de esta manera para que sus productos tengan el valor más alto, esperan sólo su propia ganancia, y en esto están, como en tantos otros casos, guiados por una mano invisible para promover un fin que no formaba parte de sus intenciones iniciales. Tampoco es malo para la sociedad que así sea. Persiguiendo su propio interés frecuentemente promueven el de la sociedad con más eficiencia que si realmente intentaran promover el interés público. Nunca supe de un gran beneficio provocado por aquellos que proclaman comerciar en pro del bien común".¹⁰

En una serie de artículos recientes F. A. Hayek ha ofrecido un sugestivo intento de sistematización de las intuiciones de los autores clásicos.¹¹ " Su análisis parte de la conocida observación de que el progreso y el bienestar dependen de la mejor utilización que se haga del conocimiento contenido en un ámbito social determinado. La primera dificultad que se presenta en este caso es que ese conocimiento se encuentra disperso entre los distintos miembros de la sociedad. Cada una de esas personas posee conocimientos de los que carecen los demás, e ignora cosas que conocen los otros. Thomas Sowell ha mostrado cómo esa situación se presenta aun dentro de una sola actividad:

"La persona que puede manejar con éxito un surtidor de nafta, o incluso una estación de servicio completa, probablemente sabe poco o nada sobre la estructura molecular del petróleo, y un químico molecular está igualmente poco y tan mal informado sobre los problemas de las finanzas, mezclas, ubicación y otros factores que determinan el éxito o fracaso de una estación de servicio, y ambos, el gerente y el químico, probablemente ignoran casi todo lo que se refiere a los principios geológicos que determinan el mejor camino y los mejores lugares para explorar la existencia de petróleo, o las complejidades financieras e inversiones especulativas que pagan este proceso caro y riesgoso. Se ha dicho que nadie sabe cómo se hace un simple lápiz de mina. Es decir, no existe una sola persona que sepa cómo extraer el

¹⁰ Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Indianápolis, 1981 (1ª edición, 1776), 1, p. 456. La expresión ya había aparecido en *The Theory of Moral Sentiments*, pp. 303-5.

¹¹ Los artículos son "Economics and Knowledge", "The Use of Knowledge in Society" y "The Meaning of Competition", todos reunidos en *Individualism and Economic Order*, Chicago, 1948. Cf. también "Competition as a Discovery Procedure", en *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, Londres, 1978.

grafito, producir la madera, manufacturar la goma, procesar el metal y manejar todas las complicaciones financieras que implica un negocio exitoso. En resumen, todos estamos en el negocio de vender y comprar conocimientos de uno al otro porque cada uno de nosotros es tan profundamente ignorante de lo que implica completar todo el proceso del que formamos parte",¹²

No es difícil imaginar que una sociedad compleja incrementa enormemente la situación observada en una sola actividad. Pero existe además otra razón que dificulta aún más el problema. Ese conocimiento fragmentado y disperso reconoce, por lo menos, dos características diferenciales. Existen actividades que descansan fuertemente sobre lo que podríamos denominar conocimiento científico, verbigracia, aquel en el que sabemos el *porqué* y el *cómo* de las distintas operaciones que realizamos. Pero hay una serie de actividades que contienen, en un grado importante, operaciones en las que sabemos *qué* hacer pero sobre las que ignoramos las razones por las cuales procedemos de tal manera. En muchos casos no podemos ni siquiera indicar descriptivamente las distintas partes en que se divide la operación realizada. Estas actividades, por lo tanto, no están sustentadas en ningún tipo de conocimiento científico. Como ha señalado Hayek estas operaciones son de fundamental importancia para el funcionamiento coordinado y progresivo de un orden social extendido:

"Hoy es casi una herejía sugerir que el conocimiento científico no es la suma de todo el conocimiento. Pero una ligera reflexión muestra que no hay duda de que existe un cuerpo de conocimientos muy importantes pero desorganizados que no pueden ser llamados científicos en el sentido de conocimiento de reglas generales: el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Con respecto a esto último, prácticamente cada individuo tiene ciertas ventajas sobre todos los otros porque posee información única sobre qué uso benéfico se podría hacer con esta información, pero dicho uso sólo puede lograrse si las decisiones que le siguen son hechas por él o con su activa cooperación. Sólo tenemos que recordar cuánto tenemos que aprender en cualquier ocupación después de haber completado nuestro entrenamiento teórico, qué parte importante de nuestra vida profesional la pasamos aprendiendo trabajos particulares, y qué importante ventaja en todos los caminos de la vida es el conocimiento de la gente, de las condiciones locales, y de las circunstancias especiales. Conocer y poner en uso una máquina con capacidad ociosa, o la habilidad de alguien que puede ser mejor utilizado, o saber que existe excedente que se puede usar durante una escasez de bienes, es socialmente tan útil como el conocimiento de técnicas alternativas. El empresario naviero que se gana la vida usando embarcaciones que si no harían viajes vacías o semivacías, o el agente de propiedades cuyo total conocimiento es casi exclusivamente el de las

¹² Thomas Sowell, *Knowledge and Decisions*, Nueva York, 1980, p. 48, En el capítulo dedicado a *Skills* Michael Polanyi concluye con esta atinada observación; "Las reglas de un arte (oficio) pueden ser útiles, pero ellas no determinan la práctica de un arte; son máximas que pueden servir como guía siempre y cuando estén integradas en él con el conocimiento práctico del oficio. No pueden reemplazar este último conocimiento". *Personal Knowledge. Towards a Post-Critical Philosophy*, Chicago, 1962, p. 50.

oportunidades temporarias, o el *arbitrageur* que gana sobre las diferencias locales de los precios de las mercaderías, todos están cumpliendo una función eminentemente útil basada en el conocimiento especial de las circunstancias del momento fugaz no conocido por los otros".¹³

Este tipo de conocimiento no puede ser poseído ni procesado por ninguna agencia centralizada. Es y puede ser aplicado solamente por aquellas personas que poseen la mayor experiencia requerida o están provistas de los dones naturales específicos. El problema central sería entonces qué tipo de "arreglo institucional es el adecuado para atraer para las tareas específicas a aquellas personas que tienen el conocimiento adecuado para ellas".¹⁴ La respuesta liberal clásica al problema fue la creación de un orden institucional que dejaba un margen amplio de acción para que esas vocaciones pudieran manifestarse sin restricciones. Por otra parte, a través de un conjunto escueto de normas, generalmente prohibitivas, reducía el margen de incertidumbre indicando a los distintos actores aquellas operaciones que no estaban permitidas porque violaban derechos de terceros. Pero además, ese conjunto de normas hizo posible la existencia de un mercado amplio e irrestricto que a través de los precios generó una serie inmensa de señales que transmitieron una información escueta y sencilla, que permitió a millones de individuos tomar decisiones acertadas sin tener que acceder al conocimiento de procesos lejanos y de gran complejidad. Hayek ha descripto sucintamente el funcionamiento de este elaborado mecanismo:

"Pero me temo que nuestros hábitos teóricos, que nos llevan a encarar el problema con el supuesto de que todo el mundo posee un conocimiento casi perfecto, nos han vuelto algo ciegos respecto de la verdadera función del mecanismo de precios y nos han llevado a aplicar criterios engañosos acerca de su eficiencia; lo extraordinario es que en un caso como el de la escasez de una materia prima, sin que exista ninguna orden, con sólo unos pocos que conocen la causa de la escasez, decenas de miles de personas, cuya identidad no se puede saber ni con meses de investigación, son llevadas a usar el material o sus derivados con más cautela; se han movido, obviamente, en la dirección correcta".¹⁵

Las operaciones a que nos hemos referido se han multiplicado inmensamente durante las dos últimas centurias. Lo mismo ha sucedido con aquellas que pueden ser procesadas a través de conocimientos científicos. Es la existencia de esta multitud de operaciones la que hace decir que la sociedad contemporánea es sumamente compleja, y es esta complejidad la que ha permitido el progreso económico y social sin precedentes que ha caracterizado a los últimos doscientos años. La continuación de ese progreso, y por ende el bienestar de los hombres, depende a la vez de que esa complejidad siga en aumento. La planificación central intenta, por el contrario, reducir esa complejidad con la

¹³ Hayek, "The Uses of Knowledge...", p. 80.

¹⁴ Hayek, "The Meaning of Competition", p. 95.

¹⁵ Hayek, "The Uses of Knowledge . . .", p. 87.

excusa de introducir mayor "racionalidad" y "cientificidad". En nombre de estas teorías Benito Mussolini había afirmado que "cuanto más complejas son las formas que asume la sociedad, más necesario se hace restringir la libertad del individuo".¹⁶ La mejor teoría y una larga experiencia enseñan, por el contrario, que cuanto más compleja es la sociedad más inconveniente resulta "planificarla centralmente" restringiendo el ámbito que permite la plena manifestación de la capacidad creadora y el uso más adecuado del conocimiento que poseen los miembros de la comunidad.

Planificación, dignidad profesional y movilidad social

La creciente politización de la vida cotidiana ha producido, además, efectos visibles sobre el orden social al imponer una jerarquización de los distintos oficios que parece más adecuada para una sociedad estamental que para una comunidad regida por valores democráticos. Las distintas actividades de los hombres han sido clasificadas de acuerdo con los criterios que, según los administradores centrales, son conducentes para el logro de un orden más "racional". A riesgo de ser esquemáticos nos referiremos aquí a tres de ellos: 1) se consideran de mayor utilidad aquellas actividades que están regidas por principios científicos y que pueden, por lo tanto, ser diseñadas y administradas por expertos en esas disciplinas del conocimiento; 2) se da prioridad a las actividades ligadas a la producción de bienes sobre aquellas ubicadas en lo que comúnmente se denomina el sector "servicios", y 3) se prefieren las grandes unidades de operación a las medianas o pequeñas.

Las combinaciones de estas categorías conducen a un mismo resultado, verbigracia, a que ciertas profesiones, oficios o empresas son considerados superiores o de mayor utilidad que otros. La conclusión no es meramente teórica o trivial, como lo muestra claramente una realidad contemporánea plagada de transferencias compulsivas (privilegios fiscales o crediticios, impuestos, subvenciones, etc.) desde los sectores considerados escasamente útiles o "artificiales" hacia aquellos ubicados en las categorías superiores. Cabe señalar aquí que, en muchos casos, es dudoso que estas últimas actividades exijan el tipo de conocimientos que se supone necesario, o que los autodesignados "expertos" sean los requeridos para las tareas específicas. En sociedades estatizadas como las nuestras los únicos expertos que parecen necesarios son aquellos con los conocimientos y relaciones necesarios para conseguir privilegios gubernamentales.¹⁷

Los sectores perjudicados por esta escala valorativa son aquellos que desarrollan las actividades que no pueden ser evaluadas con criterios científicos. La lista es, desde luego, amplia y variada e incluye buena parte de los oficios llamados artesanales (desde los mecánicos a los tejedores) y las actividades de comercialización, intermediación, transporte, finanzas, etc. Desde luego, se incluye también una serie de operaciones que se

¹⁶ Citado por Hayek en *Road to Serfdom*, p. 43.

¹⁷ Para todo este tema resulta indispensable el análisis que Sowell realiza sobre la función de los intelectuales en el mundo contemporáneo, y muy especialmente aquellos dedicados a las ciencias sociales. Cf. su *Knowledge and decisions* especialmente pp. 331 y ss,

realizan dentro de empresas donde el empleo de conocimientos científicos es importante (recuérdese el ejemplo de Sowell). Han sido, posiblemente, las actividades comerciales las más desvalorizadas por la jerarquización del conocimiento que prevalece en la sociedad contemporánea:

"Es curioso que este tipo de conocimiento sea hoy generalmente considerado con cierto desprecio y que a quienquiera que con él gane cierta ventaja sobre otro, mejor equipado con conocimiento teórico y técnico, se lo ve como si hubiera actuado en forma casi desleal. Ganar ventajas por poseer mejor conocimiento sobre facilidades de comunicación o transporte se considera a veces como casi deshonesto, aunque sea tan importante que la sociedad haga uso de las mejores oportunidades a este respecto como que use los últimos descubrimientos científicos. Este prejuicio ha afectado considerablemente la actitud frente al comercio en general respecto de aquélla sobre la producción".¹⁸

Lo que dentro de esta concepción se niega o minimiza es la importancia de la función empresarial. Por lo general esta función sólo se atribuye, y en forma intencionada, a quienes poseen la propiedad de recursos cuantiosos, cuando en realidad es conceptualmente independiente de esa propiedad y se halla, en mayor o menor grado, distribuida entre todos los miembros activos de la sociedad. Israel Kirzner ha señalado recientemente la imposibilidad de que esta característica del ser humano se desarrolle en ausencia de un mercado libre de interferencias:

"Como hemos visto en nuestra discusión [...] sobre la fertilidad de la libertad, las restricciones de la libertad económica pueden inhibir a los individuos de descubrir oportunidades que hubieran percibido si hubiesen sido libres para explotarlas. La pérdida de la libertad puede así disminuir los logros individuales y sociales sin que nadie se dé cuenta de qué es lo que se ha perdido o lo que no ha sido logrado. Una sociedad libre es fértil y creativa en el sentido de que es su libertad la que genera la alerta sobre posibilidades que pueden ser útiles para la sociedad: una restricción a la libertad de una sociedad empaña esa alerta y ciega a la sociedad sobre las posibilidades de mejora social."¹⁹

Las creencias prevalentes en materia de clasificación de las distintas actividades tienen un doble impacto sobre la vida de la comunidad. En primer lugar, se sustituyen las escalas valorativas que hubieran surgido espontáneamente de las preferencias señaladas por los miembros de la comunidad si no hubiesen sido interferidas por el poder administrador. Es interesante señalar en este punto que ni aun a pesar del cúmulo de privilegios concedidos, la escala de remuneraciones de la sociedad refleja claramente las valoraciones de los detentadores del poder político. Una observación superficial de las

¹⁸ Hayek, "The Uses of Knowledge...", p. 81.

¹⁹ Israel Kirzner, "Entrepreneurship, Choice and Freedom". En: *Perception, Opportunity and Profit. Studies in the Theory of Entrepreneurship*, Chicago y Londres, p. 239.

"economías subterráneas" indica claramente cuánta divergencia existe entre las preferencias de la gente y las imposiciones de la administración central.²⁰ Esta divergencia apunta de manera evidente a una de las distorsiones más marcadas de nuestra época, verbigracia, a la pérdida de la capacidad decisoria de las personas en aquellas tareas que no por menos notorias son menos decisivas en la vida de los hombres. Hemos vuelto en este punto a los viejos temores de Alexis de Tocqueville: "La sujeción en los pequeños negocios se manifiesta todos los días y se hace sentir indistintamente en todos los ciudadanos". Y el mismo autor concluye: "Se olvida que en los detalles es donde es más peligroso esclavizar a los hombres".²¹

La segunda consecuencia de la situación analizada es el impacto negativo sobre el proceso de movilidad social. Este proceso depende de una combinación de factores (dedicación, capacidad de ahorro, etc.) dentro de la cual la posibilidad de hacer valer las habilidades distintivas de cada ser humano resulta crucial. Si esta habilidad distintiva es valorizada de manera negativa y por lo tanto penalizada, las posibilidades de ascenso social de los miembros menos favorecidos de la sociedad se ven severamente limitadas. Son estas personas, en consecuencia, quienes más requieren de la existencia de un régimen de libertad para mejorar su condición: "La libertad no es simplemente el derecho de los intelectuales a circular su propia mercadería. Es, sobre todo, el derecho de la gente ordinaria de encontrar un espacio para sus aspiraciones y un refugio ante la presuntuosa embestida de los que se sienten sus 'mejores'".²²

Desgraciadamente, la tendencia que prevaleció en los últimos tiempos tuvo sentido opuesto al señalado en la cita precedente. A través de un "führer" omnisciente, o de la "vanguardia esclarecida del proletariado", o de formas menos espectaculares y opresivas de paternalismo democrático, las opiniones y preferencias de los ciudadanos ordinarios han sido regimentadas, acotadas y, muchas veces, suprimidas en aras de un pretendido "conocimiento superior". El mundo contemporáneo ha sido, de esta manera, testigo de un renacimiento que no tiene nada de nuevo ni de moderno:

"Hay una ironía particular en esto, ya que la mayor parte de la 'planificación' moderna enfatiza su novedad revolucionaria, implicando, presumiblemente, que no debe ser corroborado por métodos analíticos anteriores o juzgado según reglas morales precedentes. En realidad, nada es más viejo que la idea de que la sabiduría humana está concentrada en unos pocos selectos (la facción propia siempre incluida), que deben imponerse a los muchos ignorantes".²³

²⁰ La economía subterránea puede verse como un intento de escapar a las reiteradas interferencias por parte de las autoridades. Como intento en esta dirección adolece, a nuestro entender, de las siguientes fallas: 1) produce quiebras en las relaciones de solidaridad entre los miembros de la sociedad. Este punto sigue siendo válido por más que la primera infracción a esas relaciones provenga de las autoridades; 2) constituye una forma "clandestina" de lucha contra, una injusticia, y, por lo tanto, desalienta los esfuerzos para que la corrección de esas injusticias se realice a través de los canales públicos establecidos, y 3) los innumerables casos de capacidad empresarial que surgen en este tipo de economía no pueden ser transmitidos al resto de la población para que sirvan de ejemplo. Su existencia constituye, sin dudas, uno de los más claros indicadores del fracaso de una larga experiencia intervencionista.

²¹ Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, México - Buenos Aires, 1957 (1^o edición, 1835), p. 732.

²² Thomas Sowell, op. cit., p. 383

²³ *Ibidem* p. 228

Consecuencias políticas

El crecimiento del área de decisión política tuvo, como vimos, efectos negativos sobre la vida económica y social contemporánea. Estos mismos resultados son, también, observables en el ámbito específicamente institucional. La primera consecuencia ha sido sugerida ya en páginas anteriores, pero es conveniente reiterarla una vez más. La razón esgrimida por quienes han impulsado la creciente politización de la vida cotidiana ha sido que de esta manera se incrementaba la participación de los ciudadanos en ámbitos de interrelación social cada vez más numerosos. Como se ha visto, la experiencia vivida apunta a un resultado opuesto; en rigor, somos testigos de una paulatina transferencia de soberanía desde los ciudadanos hacia quienes detentan el poder político. Este proceso se ha vivido también en las sociedades democráticas más avanzadas:

"Aun en las naciones democráticas el centro del proceso de decisión se ha alejado del individuo, de la familia y de las distintas asociaciones voluntarias y se ha concentrado en el gobierno. Y, dentro del gobierno, se ha movido en favor de los burócratas y alejado de las manos de los representantes de la población."²⁴

Este proceso se ha hecho en perjuicio de la libre iniciativa de los miembros de la comunidad y de la espontaneidad que debería presidir los intercambios humanos:

"Cuanto más consigamos reducir el área muy amplia ocupada en el momento presente por las decisiones de grupo en política [...] tanto más éxito podremos tener a la hora de establecer un estado de cosas similar al que prevalece en el dominio del lenguaje, del derecho consuetudinario, del mercado libre, de la moda, de las costumbres, etc. en que las decisiones individuales se ajustan las unas a las otras y ninguna de ellas resulta avasallada. Opino que, en el momento presente, la extensión que se ha reservado al área en que se estiman necesarias o convenientes las decisiones de grupo se ha exagerado grandemente, mientras que la concedida a los ajustes individuales espontáneos se ha circunscripto mucho más de lo que se acostumbraba hacer si es que queremos preservar el significado tradicional de la mayoría de los grandes ideales del mundo occidental".²⁵

De las citas anteriores se desprenden dos conclusiones: 1) los gobernados han ido perdiendo progresivamente poder de decisión en beneficio de sus representantes, en un proceso que remite a un viejo temor de Alexis de Tocqueville: "En tal sistema los ciudadanos salen un momento de la dependencia para nombrar un jefe y vuelven a entrar

²⁴ Ibidem pág 164

²⁵ Bruno Leoni, *La libertad y la ley*, Madrid, 1974, p. 169. En el mismo sentido véase Giovanni Sartori, "Liberty and Law", en K, Templeton Jr, ed., op. cit., pp. 249-312.

en ella";²⁶ y 2) los representantes elegidos han ido perdiendo poder de decisión en manos de funcionarios administrativos o "expertos" (los "burócratas" de Sowell) que han ido controlando gradualmente áreas cruciales del gobierno.

Algunos fenómenos contemporáneos están estrechamente relacionados con este proceso. Tal el caso de la aceptada pérdida de prestigio de los parlamentos contemporáneos. La causa principal de este hecho no se encuentra, como sostienen algunos, en la pérdida de calidad que trae aparejada una extensión de la participación ciudadana. La razón debe buscarse en el aumento impresionante de los asuntos que deben atender, discutir y resolver los legisladores como consecuencia de la multitud de funciones que ha asumido el poder político. Hayek se refirió al problema en relación con las decisiones económicas que debían tomar los parlamentarios:

"Es importante ver la causa de esta aceptada ineficiencia parlamentaria cuando se trata de la administración detallada de los asuntos económicos de una nación. La falta no se encuentra ni en los representantes individuales ni en el sistema parlamentario, sino en las contradicciones inherentes a la tarea que se les adjudica. No se les pide que actúen en aquellas materias sobre las cuales pueden producirse acuerdos sino que produzcan acuerdos sobre todo, en este caso la dirección total de los recursos de una nación entera".²⁷

Este hecho explica, en parte, el aumento significativo que han registrado, durante las últimas décadas, las decisiones no legislativas, es decir, aquellas que se expresan por decretos, resoluciones administrativas o simples órdenes telefónicas. Podríamos resumir este punto señalando que como consecuencia de un movimiento doble el *locus* del poder se ha trasladado desde los ciudadanos a los legisladores que, a su vez, lo comparten, cada vez más, con agencias administrativas que se hallan muy alejadas de toda posibilidad de control democrático.

La creciente politización de la sociedad ha tenido otra derivación reñida, asimismo, con un estilo de vida genuinamente democrático. Nos referimos aquí a la creciente importancia de las formas corporativas de organización social, formas que parecían exclusivas de regímenes totalitarios pero que comienzan a ser significativas dentro de sistemas democráticos. La extensión del área de decisión política ha estimulado la formación de organizaciones sectoriales que buscan con afán privilegios y beneficios estatales que mejoren su posición relativa dentro de la sociedad. Se asiste así a un juego pendular donde coaliciones efímeras de intereses imponen al resto de la población cargas que poco tienen de circunstanciales. En este caso, también, en nombre de un supuesto control democrático se asiste a la imposición de puntos de vista esencialmente minoritarios:

"El grupo de presión es invariablemente una estrecha minoría. Bajo un régimen de división del trabajo, los grupos especializados, que reclaman privilegios, siempre

²⁶ A. de Tocqueville, op. cit., p. 731, La situación es peor, indudablemente, cuando se trata de gobiernos no elegidos.

²⁷ F. A. Hayek, *Road to Serfdom*, p. 64.

son de condición minoritaria. Las minorías, sin embargo, para triunfar, han de aliarse forzosamente con otras minorías, es decir, con otros grupos de presión similares, para obtener la necesaria mayoría en la Asamblea. Tales coaliciones son, por esencia, inestables, pues pronto surgen entre los coaligados intereses contradictorios, lo que da lugar a la desaparición de unas y la coetánea aparición de otras con distintos componentes".²⁸

Hay, todavía, una consecuencia de mayor gravedad. La imposición de privilegios individuales o sectoriales que implica todo régimen corporativo erosiona uno de los principios básicos de una sociedad libre y democrática, verbigracia, el de la igualdad ante la ley. Se corona de esta manera un camino que se inició con el propósito de modernizar y democratizar la sociedad pero que corre el peligro, de no ser corregido, de retrotraer a la humanidad a la situación en que se hallaba antes de los grandes cambios iniciados doscientos años atrás.

²⁸ Ludwig von Mises, *Diez lecciones sobre el capitalismo*, Madrid, 1979, p. 92